

"Los duenos de El Imparcial"
Madrid, 30 noviembre, 1924

9-100

XXIX
Final

AL REDEDOR DEL ESTILO

XXI

El estilo no es, pues, el tipo; no es algo clasificable. Ni es, en rigor, definible. No cabe definir el estilo. ¿Cuál es, pues, su raíz? Intentemos buscarla. E intentar una busca es ya buscar. Y así es como, en espiral, nos vamos acercando a la raíz, al meollo del estilo, al meollo de la expresión de la personalidad de un hombre que se expresa.

El estilo creo que podemos decir ya que es lo puramente cualitativo, que es lo que los artistas llaman la calidad de una obra de arte. Es la calidad de la expresión artística.

Ahora, lo cualitativo es lo que no se reduce a pura cantidad, lo que no cabe definir ni matemática ni geoméricamente. Y lo más cualitativo es lo psíquico, lo humano, lo histórico, en fin. No se define a Felipe II, el hijo de Carlos I, ni a Velázquez, ni a Inigo de Loyola, ni a Quevedo. Ni se les puede clasificar. Imposible clasificar sus estilos. Y decir estilo velazqueño, estilo loyolense, estilo quevediano es nada más que decir Velázquez, Loyola, Quevedo. Decir de otro pintor que tiene estilo velazqueño no es sino decir que sus cuadros nos recuerdan a los de Velázquez, lo que de cien veces en noventa y nueve proviene de que ese otro pintor carece de estilo. Cuando al llegar a Villavieja os presenten al Castelar de Villavieja, podéis jurar que éste no es un verdadero orador, un orador con estilo.

Cabe definir ciertos fenómenos matemática y geoméricamente. Se define la gravitación de los planetas, se define la caída de los graves, se define la cantidad y las variaciones de cantidad de su movimiento y se define su dirección. Si suponemos dos puntos en el espacio, podemos decir que de uno de ellos parte un movimiento con tal velocidad y tales variantes en ella y en tal o cual dirección respecto al otro punto y en tales o cuales cambios de ésta, ya en línea recta hacia el otro punto, o en uno u otro ángulo que se mide, o en curva tal o cual que se define analítica o proyectivamente. Y esto es lo que podríamos llamar dirección cuantitativa, medible. De la cual surgen para el hombre diferencias cualitativas.



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo 1v

Un rayo de sol se refracta, se quiebra y descompone al pasar por un prisma, y según las diferencias cuantitativas, es decir, que cabe medir, por ángulos, en la dirección del rayo, de su movimiento, nos da diferencias de colores cualitativas. Físicamente, el rojo y el violeta son los más alejados entre sí; pero en calidad, psíquicamente, nada significa aquí el alejamiento.

Hay, pues, una dirección física, extraña al hombre, que nada tiene que ver con nuestro organismo, y mucho menos con nuestro espíritu, y que se puede fijar y definir cuantitativamente. Descartes con sus coordenadas pudo ya dar definiciones cuantitativas, analíticas, de una curva cualquiera. Pero hay otra dirección, que podríamos llamar humana—alguien diría subjetiva—, y que puede acabar siendo dirección espiritual, dirección histórica, y que nos dará la raíz del estilo.

En geometría no hay ni derecha, ni izquierda, ni arriba, ni abajo, ni delante, ni detrás. Todo esto dice al hombre que observa, a la persona. Si un hombre se fija en tal o cual punto de referencia—montaña, río, árbol, casa...—, puede decir que va en línea recta a él, o en tal ángulo respecto al punto; pero si está solo en el vacío—y cuántas veces ocurre en el sentido espíri-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



tual esto!—, o toma una dirección sin atender a lo de fuera y parte a la derecha o a la izquierda, o hacia arriba o hacia abajo, o hacia adelante o hacia atrás, no podrá definir geoméricamente su dirección. La derecha es el lado del hígado, la izquierda el del corazón—¡ved si significa algo lo de izquierdista y derechista!—el delante el lado del frente, el detrás el lado de la espalda. Y esto es lo que da la dirección cualitativa, psíquica, personal espiritual, humana, histórica.

Un hombre solo, suspendido en el vacío, pero pudiendo dirigirse en una u otra dirección, ¿puede orientarse? Hacia fuera de sí, espacialmente; en espacio geométrico, no. Donde no ve sol que salga ni se ponga, que nazca ni muera, no hay oriente ni occidente y no cabe orientación geográfica. Pero puede ponerse la mano sobre el pecho, oír la voz de su sangre, que es la conciencia, y tomar del lado del corazón, o del hígado, o de la frente, o de la espalda, o de la cabeza, o de los pies. Y esta es la dirección personal y absoluta.

Y lo mismo que el hombre puede así dirigirse, aun sin referencia a cosa de fuera, puede enderezar sus pensamientos. O si queréis mejor, puede crear sus pensamientos, puede pensar—sentir es un modo de pensar—, ya que el pensamiento es la dirección de la idea. Una misma idea puede uno dirigirla a la derecha o a la izquierda, del lado del hígado o del lado del corazón y hacia adelante o hacia atrás.

En el arte de hablar y en el de escribir llamamos estilo a la manera personal de pensar—repito que sentir es pensar—. Llevando las ideas que nos son dadas hacia la derecha o la izquierda, o hacia arriba o abajo, o hacia delante o detrás, y llevándolas con tal o cual rapidez y con tales o cuales cambios en la rapidez, en línea recta, o en zigzagueos rectilíneos, o en esta o la otra línea curva y con tal cual curvatura. Que hay quien piensa en círculo, y otro en elipse, y otro en parábola, y otro en hipérbola, y otro en espiral, y así siguiendo.

«Y esto—dirá el lector avisado—es el ritmo!» ¡Palabra que así es! ¡Eso es, lector amigo, eso, el ritmo! El ritmo es la raíz del estilo. Y cada cual tiene su ritmo, como cada cual tiene su estilo, háyale o no encontrado.

Para identificar a los criminales, o simplemente a los sospechosos, se ha ideado tomar de aquellos a quienes se ficha las señales digitales, las que se llama dactiloscópicas. Alguna vez se nos ha ocurrido si no sería mejor tomarles un trazado esfigmográfico del pulso, del ritmo de la circulación sanguínea; pero éste, como es más personal que aquéllo, más vivo, cambia con frecuencia. Las señales de los dedos son algo estático y a la vez superficial, de pellejo, mientras que el ritmo de la sangre, el ritmo del corazón—que dicen que se refleja hasta en la cinta cinematográfica de la firma—es algo dinámico y a la par íntimo, entrañado y entrañable.

Dícese que en la letra que uno traza—¡jamás escribiría yo un soneto a máquina!— en su firma queda la huella de su pulsación propia, del indefinible ritmo de su corazón, queda su estilo. Como que al estilo, al punzón, le lleva la mano, ya sosegada, ya febril, ya temblorosa, y a la mano la lleva el corazón, y al corazón el pensamiento, y al pensamiento el hombre. Y en el estilo va el ritmo del hombre.

¿Veis, pues, todo lo que significa tomarse a uno el pulso y cuán cierto es que canta la sangre de un hombre en cada una de sus obras de eternidad, de aquellas en que su humanidad se expresa?

Miguel de UNAMUNO

